La Gloria del Arte

A

AGENCIA GENERAL

HISPANO CUBANA.

COLECCION

DE OBRAS DRAMATICAS ESCOGIDAS,

POR

LOS MEJORES AUTORES.

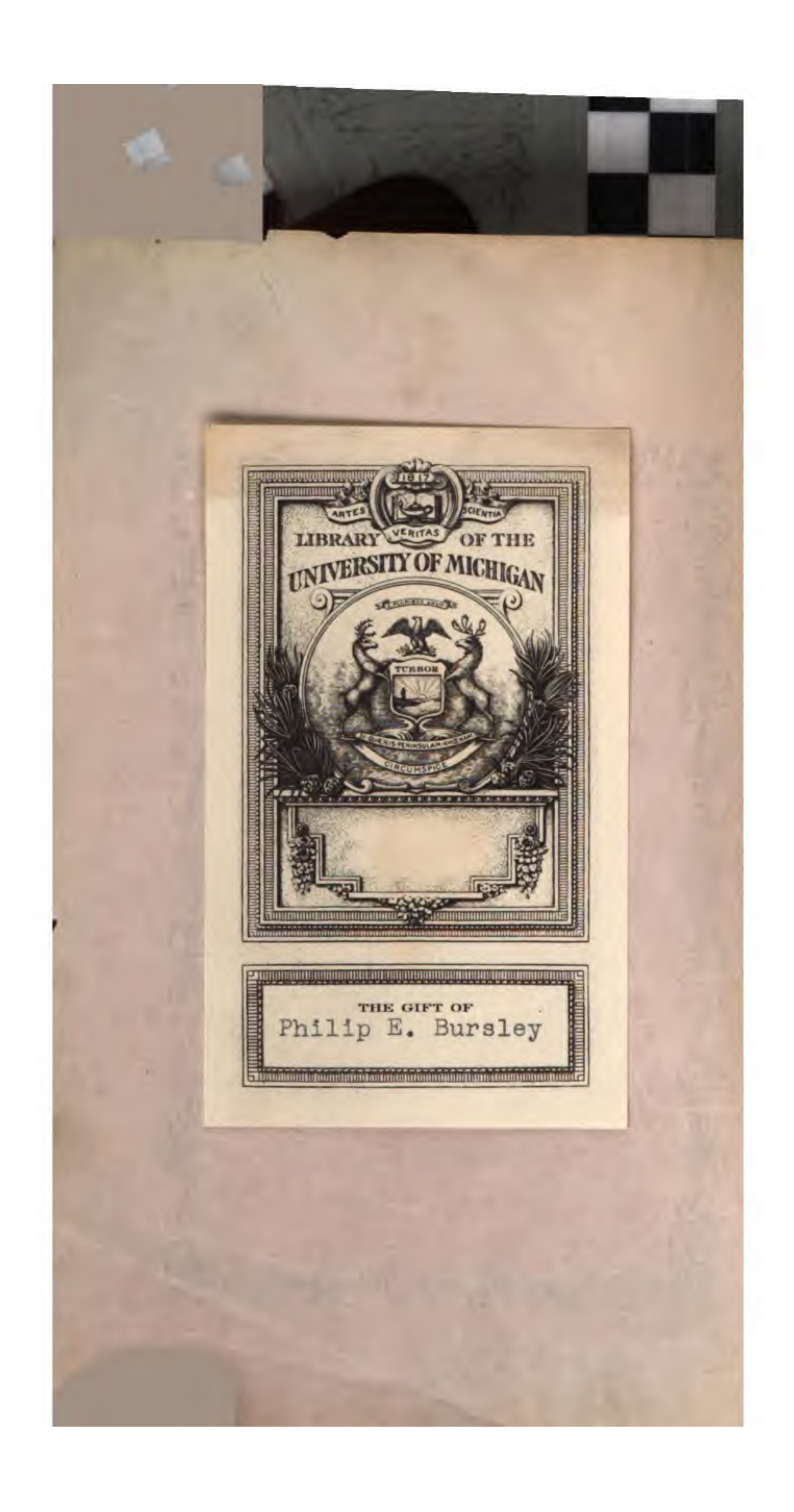
La gloria del arte



MADRID.

Sociedad de Operarios, calle del Factor, núm. 9.

1848.


1817
ARTES
VERITAS
SCIENTIA
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE
THE GIFT OF
Philip E. Bursley

LA GLORIA DEL ARTE.

DRAMA ORIGINAL

EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

por

D. EUSEBIO Y D. EDUARDO ASQUERINO.



MADRID Y OCTUBRE 20 DE 1848.

Imprenta de la **Sociedad de Operarios del mismo Arte**,
calle del Factor, número 9.

PERSONAJES.

Carlos Broschi (Farinelli.)
D. Fernando VI.
Doña Isabel de Farnesio.
Infanta doña Maria.
El Padre Rabago, (confesor del rey).
El doctor Zuñiga.
Embajador de Francia.
Caballeros 1.°, 2.° y 3.°
Un oficial.
Un sastre.
Caballeros, guardias, etc.



ACTO PRIMERO.

Cámara de Palacio.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ISABEL Y PADRE RABAGO.

P. RAB. Señora...
ISABEL. Vísteis al rey?
P. RAB. De su cámara ahora salgo:
su habitual melancolía
le domina.
INFANTA. Padre Rábago,
pienso que teneis razon:
importa que resolvamos
lo que al bien del rey no cumple;
la enfermedad de Fernando
le impide de los negocios
ocuparse, y el Estado
reclama que su rey sea
quien vele por él.
P. RAB. Es claro:
los deberes de un monarca

son, señora, tan sagrados
que no es digno de reinar
quien no los atiende: en vano
se opondrá que hay circunstancias,
y casos estraordinarios
en que es imposible á un rey
cumplirlos: en tales casos,
ceñir debe la diadema
el sucesor inmediato;
felizmente España aun tiene
de Felipe V vástagos
ilustres en vuestros hijos.
Si D. Felipe ó D. Cárlos,
duque de Parma el primero,
y hoy en Nápoles reinando
el segundo, sucedieran
en la corona á su hermano,
mucho España ganaria.

ISABEL. Lo creo asi: sin embargo,
como el rey no ha de ceder
mientras viva...

P. RAB. Es necesario
que ceda: siempre está enfermo,
y de la razon privado
á veces, desde la muerte
de su esposa ya hace un año:
no es posible asi formar
las alianzas que anhelamos
por el bien de España. El rey
en ser neutral empeñado
en la contienda de Francia
con Inglaterra...

ISABEL. ¡Qué estraño
error! como si pudiera
neutral conservarse cuando
la Europa se agita y lucha!

P. RAB. Ya sabeis lo interesado
que está Luis XV, en que apenas
deje el trono D. Fernando,
vuestra magestad ejerza
la regencia. Si logramos
nuestro objeto...

ISABEL. Asi lo espero.
Al rey hemos rodeado
de nuestros amigos: vos
confiais en Zúñiga?
P. RAB. Tanto
como en mí mismo: el doctor
tiene ambicion, lo he sacado
de la oscuridad, y mas
que médico es cortesano.
No dudeis de que secunde
nuestros planes: el obstáculo
mayor que se nos opone
es que la infanta esté al lado
del rey.
ISABEL. Este es mi temor.
Se quieren los dos hermanos
con delirio; asi la infanta
logra del monarca cuanto
anhela.
P. RAB. Y no nos estima.
Lo habreis tambien observado.
ISABEL. Cierto: y si al rey dominára...
P. RAB. Mucho importa separarlos.
ISABEL. Para conseguirlo tengo
un enlace proyectado;
de este modo se la aleja.
P. RAB. Otro medio estoy pensando
que muy útil sernos puede,
y debemos emplearlo.
ISABEL. ¿Cuál?
P. RAB. Conoceis el efecto
que hace del rey en el ánimo
Cárlos Broschi, Farinelli,
ese cantor italiano
que le fascina y cautiva
con su dulcísimo canto.
ISABEL. Decís muy bien: si quisiera
servirnos.
P. RAB. Oh! yo me encargo
de ganarle.
ISABEL. ¿Lo creéis?
P. RAB. De seguro: á un pobre diablo,

á un cantor se le conquista
facilmente.

ISABEL. Los halagos,
y promesas de mercedes
no escaseeis.

P. RAB. De contado.
De honores será ambicioso:
la vanidad es el flaco
de los artistas: él viene.
Lisonjeadle y triunfamos.

ESCENA II.

Dichos, CARLOS BROSCHI.

ISABEL. Venid, el rey de la música,
cantor ilustre, acercaos;
siempre con placer os veo:
pero siento al escucharos
una emocion tan profunda
que espresar no puede el labio.

CARLOS. Me honra vuestra magestad
de suerte, que obrara ingrato,
si el alma reconocida
no fuera á favor tan alto,
y la ingratitud, señora,
no cabe en un pecho honrado.

P. RAB. Es digno de esos favores
su mérito que yo aplaudo:
los de vuestra magestad
tienen tan estraordinario
valor, que mas que otro alguno
sabrá tambien apreciarlos.

CARLOS. Ciertamente, porque á mas
de dama y reina fué al cabo
esposa de D. Felipe
padre de mi soberano;
á él he debido, señora,
cuanto soy, y cuanto valgo:
pobre en Madrid me encontraba,
y al oirme cantar debajo
de sus ventanas, llamóme,

y me trajo á este palacio:
que me colmó de mercedes,
no podré nunca olvidarlo.

ISABEL. ¡Oh! mucho el rey os estima,
y con pesar de él os hablo,
que cual si fuera su madre
con igual ternura le amo,
y padece el alma mia
al ver sufrir á Fernando,
cuyas penas dulcifica
solo vuestra voz: ¿qué encanto
irresistible es el suyo,
que cual dulcísimo bálsamo
cura al oirla, del alma
los dolores mas amargos?
Que os recompense el monarca
cual mereceis, será un acto
de justicia, y os prometo
que al rey he de recordarlo.

CARLOS. Gracias: vuestra magestad
sabe honrarme demasiado:
son grandes vuestros favores
para mi mérito escaso;
pero me basta, señora,
si él puede aliviar en algo
sus dolencias, obtener
la dicha de seros grato.

ISABEL. Esa la obteneis sin duda.

P. RAB. Mucho, Broschi, os estimamos;
y tanto su magestad
como yo, solo de daros
vivas muestras la ocasion
apetecemos.

ISABEL. Quedaos
si quereis; yo voy ahora
á mi cámara: os aguardo *(Bajo á Rábago.)*
en ella. Broschi, contad
con mi proteccion.

CARLOS. Honrado
soy en estremo; y de mí
disponed, soy vuestro esclavo.

ESCENA III.

CARLOS BROSCHI, P. RÁBAGO.

P. RÁB. Ya veis cómo os favorece
la ilustre Isabel, y espero
que obrareis cual caballero
con quien tanto lo merece.
CARLOS. ¡Oh! no lo debeis dudar;
nunca falté á mi deber.
P. RÁB. Bien pudiera suceder
que lo tengais que probar.
CARLOS. La ocasion celebraría
en que serle útil pudiera;
pero es muy alta su esfera
y muy humilde la mia.
¿Cómo ha de necesitar
dama de tan noble cuna
á un artista sin fortuna
que solo sabe cantar?
P. RÁB. No os rebajeis de ese modo,
porque del monarca al lado
sois querido, respetado,
y de él lo conseguís todo.
¿Quién mas que vos influencia
tiene en el rey mi señor?
CARLOS. Vos, que sois su confesor,
y dirigís su conciencia.
P. RÁB. En algun tiempo quizás
se aconsejaba de mí;
mas desde que estais aquí
á vos oye nada mas.
Ni á su misma hermana atiende
la infanta doña María:
su habitual melancolía
disipais, y se comprende.
Si dulcificais su mal
con vuestro acento sublime
cuando su alma triste gime,
que os atienda es natural.
(Asi sondearle quiero.)
CARLOS. Ved que estais en un error:

me oye como á su cantor,
no como á su consejero.

P. Rab. Sois discreto; pero en vano
negais lo que bien se sabe;
y puesto que la honra os cabe
de influir en el soberano,
que buen uso hagais espero
de la influencia vuestra: vamos;
pues los dos solos estamos
con vos he de ser sincero.

Carlos. (Quiere lo que hago indagar;
mas comprendo su intencion.)

P. Rab. Conoceis la situacion
del reino espuesto á un azar.
La razon del rey se altera
mas cada dia: ¡oh, tormento!
no sabeis cuánto lo siento!
pues quién hay que no le quiera!
Tan bondadoso y clemente!
otro igual no puede haber:
¡qué dolor será el perder
monarca tan escelente!

Carlos. ¡Oh! no temais por su vida:
no se halla en tan mal estado:
hoy sigue mas aliviado.

P. Rab. Mas luego la recaida...
Y sin poderse ocupar
de los negocios: asi
de Vals el ministro oí
que á su antojo sabe obrar.

Carlos. Los negocios algun dia
es cierto que no decide
el rey, porque se lo impide
su grave melancolía.
Mas con frecuencia se entera
de lo que á España conviene,
y grande confianza tiene
en Vals.

P. Rab. Si no la tuviera
acaso obrára mejor;
pues de Vals la gente opina
que á la Inglaterra se inclina

unido á su embajador.
Y es política funesta
la que en esa union se funda
para sufrir su coyunda,
que mucho esa alianza cuesta.
¡Oh, vale mas la alianza
con Francia sin vacilar!
Vos pudiérais inclinar
á su favor la balanza.

CARLOS. ¡Yo!

P. RAB. Si no os mostrais apático
por el bien de España...

CARLOS. No;
pero el caso es que soy yo
músico, no diplomático.
¡Oh! mi oficio no es tan serio,
cada cual haga otro tanto;
yo me consagro á mi canto,
vos á vuestro ministerio.

P. RAB. ¿No quereis desempeñar
mision que es tan importante?

CARLOS. Os digo que soy cantante,
y me limito á cantar.
Vos del rey sois confesor;
pues confesadle en buen hora;
pero no os mezcleis ahora
en cosas de embajador.
Podeis ser un buen prelado,
y yo un artista tal cual,
y ambos desempeñar mal
los negocios del Estado.
Yo me fundo en este juicio
para que no nos mezclemos
en lo que no conocemos:
cada uno ejerza su oficio.

P. RAB. Pensadlo bien.

CARLOS. Lo pensé.

P. RAB. (Una propuesta hay que hacerle
ventajosa, y atraerle
de este modo lograré.)
Pero el doctor viene: él sabe...
¿Cómo sigue el rey?

ESCENA IV.

Dichos y el doctor Zúñiga.

Doctor. Tal cual.
(Le hace una seña el P. Rábago.)
Es decir... bastante mal.
¡Oh! su enfermedad es grave.
Y eso que estudio á fé mia
de la ciencia los arcanos;
y no cayó en malas manos,
si no ya no viviria.
Pero la triste existencia
del rey alargando voy.
Si no fuera yo quien soy...
¡de cuánto sirve la ciencia!

Carlos. Decís que su magestad
está peor?

Doctor. No; sí: eso es... *(A otra seña de Rábago.)*

Carlos. ¿Que sí, ó que no? decid pues:
se agravó su enfermedad?

P. Rab. Por desgracia habeis oido
al doctor que lo ha afirmado:
¿Pero se halla de cuidado?
¿qué hace?

Doctor. Parece dormido.
Pero su sueño es incierto,
pues se agita sin cesar,
sin poderse calcular
si duerme ó está despierto.

Carlos. Perdonad que os diga yo
que nada de eso he notado...
hace poco me ha rogado
que cantase y me escuchó!

Doctor. No creais que os atendia;
es un error: cabalmente
ese es su mal; aparente
calma... la melancolía!
Parece que os está oyendo,
y nada; no hay novedad:

ya veis si su enfermedad
yo mas que nadie comprendo!
Lo que suele vuestro canto
causarle es mayor tristeza:
debilita su cabeza,
y por eso sufre tanto.
Me parece lo mejor
que ya no le canteis mas.

CARLOS. No le conviene quizás...

P. RAB. Cuando lo dice el doctor...

CARLOS. Mucho siento que se aparte
mi opinion de la de un hombre
tan profundo: no os asombre!
yo tambien tengo fé en mi arte.
De mi rey á la salud
no daño al oirme cantar;
antes le suelo aliviar:
tiene el canto su virtud
tambien, y leido habreis
que las penas mitigaba
de Saul, cuando tocaba
David el arpa.

DOCTOR. Y creéis
tales desatinos? ¡Bah!

CARLOS. No lo dice mi memoria;
es la historia.

DOCTOR. Y qué! la historia
de sandeces llena está.
Las enfermedades cura
la medicina cuando es
ejercida...

CARLOS. Por vos... pues!
El rey tiene la ventura
de que seais su doctor.

DOCTOR. Mas no le puedo curar,
si os empeñais en cantar,
ya os dije que está peor.
Vuestro canto solamente
ese efecto ha producido.

CARLOS. Perdonad: yo habia creido
que érais vos.

DOCTOR. Yo?

CARLOS. Ciertamente.
P. RAB. Al doctor os atreveis
á culpar aun?
DOCTOR. ¡Qué insolencia!
CARLOS. Del monarca la dolencia
vos equivocado habeis.
Cuando la melancolía
le devora ¿qué ordenais?
que esté solo y agravais
mas la causa todavia;
Pues se entrega ¿cómo no?
á su triste pensamiento.
DOCTOR. Ya apura mi sufrimiento.
¡Quereis saber mas que yo!
¡Oh! de escucharle me irrito!
Pues qué, ¿es lo mismo saber
la medicina ejercer
que el hacer un gorgorito!
CARLOS. Mucho respeto esa ciencia,
y á los que la ejercen bien;
pero me inspiran desdén
los pedantes.
DOCTOR. La paciencia
me falta...
P. RAB. Venid, doctor.
Doña Isabel... *(Bajo.)*
DOCTOR. ¡Ah! pues vamos,
que nos aguarde no hagamos
por un... maldito cantor!

ESCENA V.

CARLOS BROSCHI.

De España el triste destino
en buenas manos está:
como los conozco ya
sus proyectos adivino.
De intentar capaces son
que abdique el rey: ¡quién lo duda
si la suerte no me ayuda
¡cómo salvar la nacion!

¡Oh! mi altivo pensamiento
no pueden, no, comprender;
dicen: para entretener
sirve no mas su talento!
Esta es la gloria mejor
que un artista ha de alcanzar;
pero les he de mostrar
que hay otra gloria mayor!

ESCENA VI.

CARLOS BROSCHI *y la* INFANTA.

Mas la Infanta... (¡ay de mí!)

INFANTA. El cielo
os guarde, artista eminente.
Mi hermano cómo se siente
hoy? ¿goza de mas consuelo?

CARLOS. La pena que le devora
mas y mas suele agravarse;
que no es fácil consolarse
perdiendo lo que se adora.
El recuerdo de un amor
en que cifró su ventura
llena su alma de amargura,
y á él se entrega con ardor.
Y aunque el recuerdo envenena
su corazon lacerado,
á él tanto se ha acostumbrado
que goza en su misma pena.

INFANTA. ¡Oh! solo vos distraeis
su sombrío pensamiento
con vuestro divino acento:
la voz de un ángel teneis.
¿Cómo tan májico encanto
en el alma despertais?
¿De qué manera cantais
para fascinarnos tanto?
¿Cómo tan dulce ternura
vuestro canto espresar sabe?
¡Qué sonido tan suave,
y qué voz tan clara y pura!

¡Oh! tan sublimes acentos
vibran en el alma mia,
sucediendo la alegría
á mis tristes pensamientos.
Cuando sabeis inspirar
tan fácilmente el placer,
muy dichoso debeis ser.

CARLOS. La dicha ¡ay!

INFANTA. ¿Vos suspirar?

CARLOS. ¡No he suspirar, señora!
No creais que en dulce calma
goce de la dicha el alma
que mas ternura atesora.
Esos acentos no son
de placer reveladores,
sino eco de los dolores
que agitan el corazon.

INFANTA. ¿Vos tambien melancolía?

CARLOS. Damos lo que no tenemos
los artistas; padecemos,
é inspiramos la alegría.

INFANTA. (Si de él fiarme pudiera...
su acento es tan penetrante!)
Yo tambien sufro bastante.

CARLOS. ¿Vos sufris? si me atreviera
á preguntaros... mas no;
fuera audacia pretender
vuestra confianza obtener:
¿qué títulos tengo yo?
Llegado á la corte apenas
no me conoceis sobrado
para ser por vos honrado
contándome vuestras penas.

INFANTA. ¡Ay! no me puedo fiar
en ninguno de la córte:
la adulacion es su norte
para venderme.

CARLOS. Y pensar
podeis que un artista obrára
lo mismo que un cortesano
para venderos villano?
Miradme bien á la cara.

¿Notais en ella señal
de hipocresía traidora?
Podeis fiaros, señora,
en un amigo leal.
Solos estamos los dos;
confiadme vuestro tormento.

INFANTA. ¡Ah! me conmueve ese acento:
no puedo dudar de vos.
La grave melancolía
de mi hermano idolatrado,
y del reino el triste estado
afectan al alma mia.
En tan fatal situacion
intrigas miro formarse,
y á la Francia agitarse
para saciar su ambicion.
Doña Isabel atropella
por todo; porque ambiciona
para su hijo la corona,
y la regencia para ella.
Para conseguirlo intriga
sin cesar, y el confesor
pienso que con el doctor
ha formado estrecha liga.
Acaso intentan lograr
por la fuerza ó por amaño,
porque de ellos nada estraño,
hacer al rey abdicar.
Viendo el peligro inminente
sola contra ellos estoy,
y sufro mas, porque soy
para evitarlo impotente.
Esta es de mi dolor fiero
la causa: os la he revelado;
ved si en vos he confiado,
y que me auxilieis espero.

CARLOS. No estais sola, no: contad
conmigo; poco valdré,
mas tengo corazon, fé,
y una firme voluntad.

INFANTA. ¡Ah! lo esperaba de vos!

CARLOS. Tambien alianza formemos

nosotros, y bastarémos
contra ellos solos los dos.
No creais aunque callaba,
que yo no los comprendia:
sus proyectos conocia,
y sus pasos espiaba.
Por eso del rey al lado
casi siempre suelo estar;
piensan que solo en cantar
me ocupo, y se han engañado.
A Vals el ministro unido
ahora estos pliegos me dió
para presentarlos yo
al rey: nos hemos valido
ya de este medio: yo sé
la ocasion aprovechar
de que los quiera firmar
el rey, y se los daré.
Me tienen por un istrion
util para divertir,
mas no pueden concebir
que es mas alta mi ambicion.
¡Oh! mezquino el arte fuera
á divertir limitado!
Mas noble, y mas elevado,
recorre mas ancha esfera.
La verdadera mision
del artista es emplear
sus talentos en labrar
la dicha de una nacion.

ESCENA VII.

INFANTA, CARLOS BROSCHI, REY.

Ah! el rey!...
INFANTA. Lo que habeis dicho... *(Bajo.)*
CARLOS. Lo cumpliré, os lo prometo. *(Id.)*
Oh! cuánto nos alegramos
vuestra hermana y yo de veros!
porque nos dijo el doctor
que estábais mas indispuesto
hoy.

REY. Al contrario: mejor
parece que me hallo.

CARLOS. (Entiendo.)

REY. Con que tambien á mi hermana
miro aqui? María, tengo
quejas de tí.

INFANTA. Qué motivo?...
á la verdad yo no acierto
por qué incurrir en tu enojo
pude.

REY. No tanto como eso.
Pero ya no me acompañas
como antes, y no te veo
con frecuencia: esta es, María,
la razon por que me quejo.
Todos me han abandonado:
solo Carlos, cuyo acento
dulcifica mis dolores,
es mi único compañero.

INFANTA. Me acusas injustamente,
porque de verte no dejo
ni un solo dia: á tu lado
con Farinelli estar suelo
muchas veces: distraido
no reparas en mí.

CARLOS. Cierto.
Casi siempre os acompaña
la Infanta.

REY. Pues me arrepiento
de lo que he dicho: perdona;
algunas veces confieso
que cuanto está en torno mio
no fija mi atencion; quiero
corregirme y es en vano,
pues me distraigo al momento:
la imaginacion se lanza
en pos de tristes recuerdos,
y por el pasado olvido
lo presente: fué tan bello
para mí!

INFANTA. Siempre pensando
en lo que fué.

REY. Cuán serenos
dias y apacibles horas
á su lado trascurrieron!

CARLOS. Oh! borrad de vuestra mente
esas ideas: el reino
reclama vuestros cuidados;
si le abandonais, espuesto
á bastardas ambiciones,
sufrirán los pobres pueblos
que os idolatran, y anhelan
que vos os ocupeis de ellos.

REY. Tienes razon: les he dado
muestras de que me desvelo
por su bien: al trono apenas
subí liberté á los presos
por deudas; de mi tesoro
sabeis que pagadas fueron.
Los abusos de la hacienda
reformé, y asi el comercio,
las artes y agricultura
al instante florecieron.

CARLOS. Proseguid la noble senda
que emprendisteis.

REY. Ya no puedo.
Las fuerzas me faltan... ah!

CARLOS. Doña Isabel de Farnesio
y el padre Rábago.

INFANTA. (Siempre
juntos! á su vista tiemblo.)

ESCENA VIII.

Dichos: DOÑA ISABEL, P. RABAGO, DOCTOR.

ISABEL. Hijo mio! qué placer
al mirarte esperimento!
porque tu rostro revela
que sigues mejor.

P. RAB. Es cierto:
el color mas animado...
(de mirarle me sorprendo.)

DOCTOR. Mas sin embargo se espone
vuestra magestad haciendo
escesos que pueden serle
bien fatales.

REY. ¿De qué esceso
hablas?

INFANTA. Ninguno mi hermano
cometió.

ISABEL. Lo dice el médico
de su salud encargado,
y él sabrá...

DOCTOR. Todo mi celo
es inútil si no adopta
el método que he propuesto;
una dieta rigorosa,
y despues el aislamiento,
es lo que mas le conviene.
De otra suerte yo no puedo
ser responsable...

P. RAB. Es verdad.

DOCTOR. Y salir de su aposento
para hablar con tanta gente
cuando se halla su cerebro
débil, es una locura!

REY. No os enfadeis: sí, me siento
mejor!

CARLOS. Cuando el rey lo dice...
nadie mejor que el enfermo
conoce...

DOCTOR. Qué sabeis vos
de medicina?

CARLOS. Confieso
mi ignorancia en esa ciencia,
cuyos arcanos respeto;
pero en el rostro del rey
su mejoria leyendo
estoy; y asi me parece
que necesita un esfuerzo
hacer para recobrar
su energía: por ejemplo:
ocuparse de negocios,
consagrándose al gobierno

del Estado.

INFANTA. Sí, tal vez
desvaneciera tu tédio
una ocupacion constante.

REY. Hablando estábamos de ello
cuando llegásteis.

ISABEL. (Qué escucho!
Va á destruir mis proyectos.)
Si el médico le aconseja
que lo puede hacer sin riesgo,
yo celebraré infinito
que al público bien atento
rija el timon del Estado.

DOCTOR. Por mi parte no me atrevo
á aconsejarle tal cosa.
Fuera un gravísimo yerro
en que no incurre la ciencia:
aunque los signos esternos
suelen á los ignorantes
engañar, los que sabemos
medir la profundidad
del mal, por mas que sereno
aparezca su semblante
ahora mismo, conocemos
que una gravísima crisis
se opera en este momento
en la enfermedad del rey.

REY. Qué decís!

DOCTOR. Que se halla espuesto
su magestad mas que nunca
de delirio á un fuerte acceso.

INFANTA. ¡Dios mio!

REY. ¿Será posible?

CARLOS. Dispensadme si no pienso
como vos: tened presente
que los reyes á sus pueblos
se deben: cual tierno padre
consultad vos su provecho.
Agitan graves cuestiones
á la Europa, y el anhelo
de la Francia y la Inglaterra
en la lucha que preveo

es comprometer á España
á que alianza contrayendo
con una de ambas potencias,
se malquiste sin remedio
con la otra, y su independencia
sacrifique.

REY. Ah! no: viviendo
yo, la España independiente
y neutral ha de ser.

ISABEL. (Cielos!)

CARLOS. Bien podeis de los negocios
ocuparos: estos pliegos
leed que me dió el ministro;
en este auxilio pidiendo
la Francia, Vals se lo niega.

REY. Venga pues: firmarle quiero.
Nada de comprometer
la paz de España.

DOCTOR. Yo temo...

CARLOS. No temais... ¿lo veis, doctor?
(Firmando el rey.)
su magestad está bueno.

ISABEL. (Mis planes echa por tierra.)

P. RAB. (Oh! de él hay que deshacernos.)

INFANTA. (Continuad: su salud puede
recobrar por ese medio.) *(Bajo á Carlos.)*

REY. ¿Qué mas hay que despachar?

CARLOS. Se suprime aquí el impuesto
de la sal; se forma en este
el vastísimo proyecto
de una contribucion sola
para todos vuestros reinos,
y asi sufrirán las cargas
con igual proporcion ellos.

REY. Es justo: que concebido
tenia hace mucho tiempo
ese plan.

CARLOS. Este, señor,
en que se crea un colegio,
y dos universidades
se dotan.

REY. Oh! sí: deseo

que la juventud se ilustre.
Este es el deber primero
de un buen rey.

INFANTA. Hermano mio!
qué animado estás! espero
que te restablezcas pronto.

DOCTOR. Efectivamente, advierto
su pulso mas sosegado.
(No sospechen... ¿y qué pierdo
en estar con todos bien!
Con el que venza me quedo.)

ISABEL. Puesto que al bien del Estado
á consagrarte dispuesto
estás, tambien de un asunto
has de ocuparte, y me alegro
que esté delante María,
pues la interesa en estremo.

INFANTA. A mí, señora?

ISABEL. Sí, á tí:
se trata de un casamiento
muy ventajoso.

CARLOS. (Dios mio.)

ISABEL. Con el príncipe heredero
de Cerdeña: asi la paz
en el italiano suelo
se asegura; y de este modo
disfrutarán con sosiego
de sus estados mis hijos.

INFANTA. (Me sacrifica por ellos.)

ISABEL. ¿Qué te parece mi plan?

REY. Por mí no lo considero
desacertado; si quiere
mi hermana...

CARLOS. (Qué dirá... cielos!)

INFANTA. A qué pensar todavia
en mi enlace? yo me encuentro
á tu lado tan dichosa!

REY. Pero yo, María, debo
pensar en tu porvenir,
y este enlace es en efecto
ventajoso.

INFANTA. No quisiera

casarme ahora: aun hay tiempo
demasiado...

CARLOS. Permitidme
que una á los suyos mis ruegos:
tiempo le queda á la infanta
para casarse, y si á vuestro
lado es feliz, no tan pronto
la alejeis.

ISABEL. (Estan de acuerdo los dos!)

P. RAB. (Sospechas me infunde...)

REY. No insisto: lo pensaremos
mas despacio: ahora me toca
darte, Cárlos, de mi afecto
una muestra.

CARLOS. ¡Gran señor!
de vuestras bondades tengo
hartas pruebas recibidas.

REY. Yo te nombro caballero
de la órden de Calatraba.

CARLOS. Perdonad, si no la acepto;
en mi humilde condicion
yo vivo, señor, contento.

REY. Es mi voluntad: lo mando.

CARLOS. A ella entonces me someto.

P. RAB. (Oh rabia!)

ISABEL. (¡Qué humillacion!)

DOCTOR. (A un cantorcillo plebeyo
honra el rey: y para mí
no hay nada! Para su médico!)

REY. Ahora voy á descansar.

INFANTA. Te acompañaré.

REY. Hasta luego.

DOCTOR. (Ni un titulillo siquiera
de conde ó marqués!)

ISABEL. Yo ruego
á Dios que pronto recobres
tu salud.

P. RAB. Y yo al Eterno
en mis oraciones pido
lo mismo.

CARLOS. (Qué fingimiento!)

REY. Gracias.

INFANTA. ¡Oh! nunca podré
olvidar lo que habeis hecho. *(Bajo á Cárlos.)*

ESCENA ULTIMA.

DOÑA ISABEL, CARLOS, P. RABAGO, DOCTOR.

ISABEL. Debeis orgulloso estar:
mucho, Broschi, habeis subido.
CARLOS. Al contrario, lo he sentido;
porque tendré que bajar.
P. RAB. Y érais vos el que decia
que á ser cantor consagrado
de los negocios de Estado
ocuparse no queria?
CARLOS. Si á ser ministro de Dios
os limitárais... quizás...
por imitaros no mas
hago lo mismo que vos.
DOCTOR. Una honra tan envidiada
dar á un cantor! ¿y por qué?
¿qué sabeis vos?
CARLOS. Cantar sé;
pero vos no sabeis nada.
DOCTOR. Que yo no sé nada! Yo
que soy un pozo de ciencia!
CARLOS. Sabeis del rey la dolencia
agrabar: curarla no.
DOCTOR. ¡Vive Dios!
ISABEL. Y vos perdeis
el reino.
CARLOS. Salvarle quiero.
P. RAB. ¡Vos salvarle! ¡Un estranjero!
Sabemos lo que quereis.
CARLOS. Estranjero que profesa
á España gratitud viva;
que esta es mi patria adoptiva,
y asi su bien me interesa.
Yo de sus males prolijos
me duelo mucho mas, sí,
que los que han nacido aqui,
y son sus bastardos hijos.

ISABEL. Habeis destruido la alianza
con Francia.

P. RAB. Y hasta el enlace
de la infanta no le place!

DOCTOR. ¿Qué pretende en su arrogancia?

P. RAB. No son sus intentos buenos.

ISABEL. ¡Oh! Temed mi indignacion.
¡Qué anhela vuestra ambicion!

CARLOS. ¡Yo! cantar: ni mas ni menos.

ACTO II.

Cámara de palacio.

ESCENA PRIMERA.

CABALLEROS, DOCTOR, OFICIAL.

CAB. 1.º Ciertamente es muy notable
cómo el rey se ha mejorado.
DOCTOR. ¡Oh! yo su vida he salvado.
CABAL. ¡Sois un médico admirable!
DOCTOR. Del arte apurar debí
todos los recursos; era
preciso que yo venciera
á su dolencia, y vencí.
Sin embargo, todavia
está espuesto D. Fernando,
pues sufre de cuando en cuando
su negra melancolia.
OFICIAL. Habeis sabido alcanzar
como César la victoria.

CABAL. No falta quien esa gloria
os pretende arrebatar.
DOCTOR. ¿A mí? ¡quién seria osado!...
¡Algun rival envidioso!
CABAL. Y dicen que mas dichoso
Broschi fué quien le ha curado.
Que su canto ha producido
efecto tan sorprendente.
DOCTOR. ¡Oh! ¡quien tal afirme miente!
Yo le he curado; yo he sido.
¡Se pudiera comparar
conmigo que tanta ciencia
poseo? ¡qué diferencia
no hay de mí á un cantor vulgar!
OFICIAL. ¡Y que rija del estado
los destinos, mientras yo
con tantos servicios no
he sido recompensado!
¡Ni un solo ascenso he obtenido
hace veinte años, señores;
y para él tantos honores!
¡Oh! ¡le aborrezco!

(Carlos Broschi atravesando la escena se dirige á la cámara del Rey.)

CARLOS. (Que he oido)
No me debe sorprender,
porque aquel que ha de llegar
en las cortes á privar
este fruto ha de cojer. *(Entra en la cámara.)*
CABAL. ¡El favorito!
DOCTOR. (¡Dios mio!)
OFICIAL. Lo oyó todo, y me destierra.
CABAL. A partir para otra tierra
disponte.
OFICIAL. En ello confio.
En la cámara ahora ha entrado
del rey, y se vengará.
DOCTOR. Bien empleado os estará
por haber de él murmurado.
OFICIAL. ¿Qué decis? ¿y vos no hablásteis
mal del favorito?
DOCTOR. ¡Yo!.

de él no me ocupé.
CABAL. ¿Pues no?
cantor vulgar le llamásteis.
DOCTOR. Cantor vulgar puede ser.
Será una opinion errada;
pero yo no dije nada
de cómo ejerce el poder.
Esta ya es otra cuestion.
Todos aqui me han oido,
y dirán si he combatido
á su alta gobernacion.
Porque puede cantar mal,
y puede gobernar bien,
y en esto no soy yo quien
ha de juzgarlo.
CABAL. Cabal.
DOCTOR. Cuando el rey le considera
apto para dirigir
el Estado, combatir
la opinion del rey pudiera!
¡Seria una atrocidad!
¡Un atentado! Respeto
al monarca, y me someto
á su libre voluntad.
OFICIAL. Al rey siempre he respetado,
mas me quejo con razon,
y la torpe adulacion
jamás mi labio ha manchado:
que en la guerra he aprendido
á combatir, no á adular;
él me puede desterrar,
mas dije lo que he sentido.
CABAL. Pero es sobrada imprudencia.
DOCTOR. Y á todos nos compromete.
OFICIAL. Quien tema que le respete;
mas yo tengo independencia.
CABAL. Ya sale.
DOCTOR. ¡Si me habrá oido!
OFICIAL. Me dará mi pasaporte:
mejor, porque ya la corte
me hastia.
DOCTOR. ¡Os habeis lucido! *(Al oficial.)*

ESCENA II.

Dichos, Carlos Broschi.

Carlos. Que atrasado estais, D. Juan,
el rey conoce, y os nombra
capitan.

Oficial. ¡Qué oigo!

Doctor. (Me asombra!)

Oficial. ¡Qué! ¿Me asciende á capitan?

Carlos. Es muy justo: va á estender
el ministro el nombramiento,
y yo he salido al momento
por daros este placer.

Oficial. ¡Oh! señor! agradecido
estoy á vuestra bondad;
conmigo en todo contad;
porque por vos he ascendido.

Carlos. No fuí yo, fué el soberano
que haceros justicia sabe.

Doctor. ¿No os lo decia? No cabe
en su alma rencor villano.
Sois de generosidad,
D. Cárlos, noble modelo;
(si logro de él lo que anhelo
qué me importa...)

Carlos. Sí? eh! escuchad.
Aunque soy vulgar cantor,
no soy con todo tan necio
que no me inspire desprecio
el vulgar adulador.

Cabal. ¡Soberbio!

Oficial. ¡Qué cara pone!

Doctor. Lo decís de una manera
que creer puede cualquiera
que á mí aludis.

Carlos. Se supone.

Cab. y Of. Ah! ah! (*riendo.*)

Carlos. Quiero una leccion
daros, pues la mereceis;
ultrajadme si quereis

por detras sin compasion;
pero delante de mí
no me aduleis; porque sé
lo que vale el hombre que
tiene dos caras. *(Volviéndole la espalda.)*

DOCTOR. ¡Qué oi!
(Me ha dejado confundido:
y por él no alcanzo nada.)

CABAL. Hicísteis buena jugada!

OFICIAL. Vos sí que os habeis lucido! *(Al doctor.)*

DOCTOR. (Me vuelvo á doña Isabel:
por Dios que me he de vengar
del cantorcillo vulgar!)

OFICIAL. ¡Pobre doctor!

DOCTOR. No, sino él!

ESCENA III.

SASTRE, CARLOS BROSCHI.

CARLOS. ¿Quién sois?

SASTRE. El sastre, señor.
Vengo á traeros el vestido
que encargásteis.

CARLOS. Y concluido
pronto fué: tanto mejor.

SASTRE. Por serviros al momento
las demas obras dejé,
y vuestro traje empecé.

CARLOS. Hicísteis mal, y lo siento.
Pues parroquianos bastantes
teneis, si obras os han dado
antes que yo, de contado
debísteis servirles antes.

SASTRE. Serviros á vos primero,
señor D. Cárlos queria:
me inspirais tal simpatia,
que á los demás os prefiero...
Como estais tan elevado
no vayais á imaginar
que lo hago por adular
de mi monarca al privado.

Tan solo á vuestro talento,
y no del rey al valido
este tributo he rendido:
no cabe en mí fingimiento.

CARLOS. Tal afecto me mostrais
que lo debo agradecer;
de mí podeis disponer
si en algo útil me estimais.
Decidme ahora cuánto os debo
por este traje.

SASTRE. ¡Ah! señor.
Yo pediros un favor
quisiera, mas no me atrevo.

CARLOS. Hablad, y si está en mi mano...
(pronto descubrió la hilaza;
pretenderá alguna plaza,
mas su adulacion fué en vano).
Antes os he de pagar:
luego me direis...

SASTRE. Es que...
pido mucho.

CARLOS. Pagaré.

SASTRE. Pido que os digneis cantar.

CARLOS. ¡Cómo! ¿que cante pedís?

SASTRE. Tal vez demasiado os cueste.

CARLOS. ¿De vuestro trabajo es este
el precio que me exigís?

SASTRE. Como en palacio no mas
cantais, y oigo ponderaros,
y la dicha de escucharos
no he conseguido jamás.
Por eso anhelo el placer
de oir vuestra voz: si propicio
me prestais este servicio,
mucho os lo he de agradecer.

CARLOS. Venid pues á mi aposento
porque á complaceros voy.

SASTRE. ¡Oh! ¡gracias! ¡oiré al fin hoy
á tan divino portento!

ESCENA IV.

DOÑA ISABEL, P. RABAGO.

ISABEL. No se puede tolerar
que un cantor, un estranjero
del Rey sea el consejero.

P. RAB. ¿Y quién no se ha de indignar?
Los negocios del estado
dirige un advenedizo,
y nuestros planes deshizo;
esto me tiene afectado.
En el rey egerce tal
influencia, que á él solamente
consulta, é indiferente
es con nosotros.

ISABEL. Cabal.
Que de nosotros sospeche
Broschi le ha debido hacer
sin duda.

P. RAB. Bien puede ser.
Y que la ocasion aceche
para alejarnos del lado
del rey, yo no estrañaria.

ISABEL. ¡Va á perder la monarquía!

P. RAB. El ministro es dominado
por él.

ISABEL. Ignominia tanta!

P. RAB. Broschi, con Vals y la Infanta
estrecha alianza ha formado.
Quieren que seamos neutrales
cuando ha estallado la guerra
entre Francia y la Inglaterra,
esas potencias rivales.
¡Pero cómo lograremos
arrojarle del poder!

ISABEL. Yo no sé qué hemos de hacer
si aborta el plan que tenemos.
Fundo bastante confianza
en el éxito.

P. RAB. Eso sí:

Al embajador oí
que solicita la alianza.
A leer al rey se aventura;
de su gobierno la nota;
si la oye el rey, la derrota
del ministerio es segura.

ISABEL. Terribles los cargos son
que Luis XV le dirige.

P. RAB. ¡Oh! ¡como en ellos se fije!

ISABEL. Hay que buscar la ocasion
de que le oiga el rey.

P. RAB. Me aterra
que el ministerio triunfar
pueda, pues sin vacilar
quizá entonces nos destierra.
Porque comprenderá bien
que por nosotros ha sido
el proyecto concebido.

ISABEL. ¡Oh! no temais; que tambien
tengo poder todavia,
y no será tan audaz.

P. RAB. Broschi de todo es capaz,
y al rey lo aconsejaria.

ISABEL. No tendrá tanta arrogancia,
porque mi hijo que el estado
rije de Parma, ha casado
con la hija del rey de Francia.
Y han de temer que someta
á la influencia del francés
aquel ducado.

P. RAB. Así es.

ISABEL. Por eso se me respeta.
Carlos mi otro hijo además
reina en Nápoles, y puede
lo mismo hacer si se escede
conmigo Fernando: hay mas.
A la Inglaterra ha propuesto
un ventajoso tratado
de comercio, y aceptado
por ella ha sido: con esto,
y con haberla ofrecido,
si el trono llega á ocupar

de España, mas estrechar
la amistad que los ha unido.
Cuenta con su proteccion,
y España quedará aislada
si no auxilia en la empeñada
lucha á una ú otra nacion.
Confio asi que al leer
la nota el embajador,
mude al ministro; en rigor
no puede otra cosa hacer.
Y uno de nuestro partido
entonces será nombrado,
y ese Broschi desterrado,
y la infanta...

P. RAB. No la olvido.
Ahora quiero averiguar
si mi sospecha es fundada:
á la boda proyectada
se opuso.

ISABEL. Fué singular!

P. RAB. Mas de vista no la pierdo,
y sabré por vida mia
si estaban desde aquel dia
en esa cuestion de acuerdo.
Mas el doctor...

ESCENA V.

DOCTOR, ISABEL, P. RABAGO.

DOCTOR. Gran señora!

ISABEL. Pienso que muy ocupado
andais, porque desde ayer
no os he visto.

DOCTOR. No descanso
un momento por serviros.

P. RAB. Pues qué haceis?

DOCTOR. Siempre pensando
de qué medios nos valdremos
para que nos deshagamos
de ese cantor insolente
que ha invadido este palacio

:

con su detestable música
y su insoportable canto.

ISABEL. Callad, que pueden oiros,
ó hablad un poco mas bajo.

DOCTOR. Es que estoy de enojo ciego;
y no por mí, porque al cabo
me distingue; pero al ver
que su intento es apartaros
del lado del rey, me indigno.

ISABEL. Vuestro celo es demasiado.

P. RAB. Vuestra lealtad conocemos.
Pero el rey... hablemos claros:
¿está ya restablecido
completamente, ó quedaron
de su dolencia vestigios
que no advierten los profanos
en la ciencia?

DOCTOR. Os lo diré.
Está débil don Fernando
todavia, y se abandona
aun al tedio; sin embargo
como por todos los medios
distraerlo ha procurado
ese cantor, de su mal
los efectos son mas raros,
porque su melancolía
apenas nota, cantando
la desvanece.

P. RAB. Y seria
posible al arte abismarlo
en ella otra vez?...

DOCTOR. En mí
confiad: yo de ello me encargo;
por el interés del reino
por supuesto.

P. RAB. Oh! si: ya estamos!

ISABEL. Pero no ha de resultarle...

DOCTOR. Solo un ligero letargo.

ISABEL. De ese modo...

DOCTOR. No temais,
píldoras he preparado
que producirán sin duda

ese efecto, y si agitarlo
se logra mas fácilmente...

P. RAB. El medio que hemos pensado.
Del embajador la nota
al oir...

ISABEL. Decís bien! Vamos:
vos á ver al rey: las píldoras
llevareis?...

DOCTOR. Aqui las traigo.

ISABEL. Adios, pues, futuro conde
de la Salud!

DOCTOR. Un condado!
lo que tanto ambicionaba
lograré al fin! Soy un sabio!
(Entra en la cámara del rey.)

ISABEL. Yo á prevenir voy ahora
al embajador.

P. RAB. Yo aguardo
en la cámara inmediata
por observar...

ISABEL. Hoy triunfamos!

ESCENA VI.

CARLOS BROSCHI *y* SASTRE.

SASTRE. Os quedo reconocido,
pues me habeis proporcionado
el momento mas feliz
de mi vida: vuestro canto
es sublime! yo estaria
tan dulce voz escuchando
dias enteros embebido
sin comer ni dormir. ¡Cuánto
os debo.

CARLOS. Yo soy quien aun
os debo.

SASTRE. Cómo pagaros
tanta bondad! Vos habeis
ante un humilde artesano
cantado de igual manera
que si estuviérais rodeado

del rey y de los mas nobles
personages de palacio.
Ante un plebeyo, un señor
tan ilustre!

CARLOS. Os engañaron.
Yo como vos soy plebeyo:
estos brillantes bordados,
las cruces y los honores
que debo del soberano
á la real munificencia,
mi linage no han mudado.
Del pueblo en la humilde cuna
nacido fuí; sus harapos
vestí tambien; pobre he sido;
me envanezco al recordarlo,
porque me dió mi pobreza
el valor de ser honrado:
los honores que hoy me dieron
pueden mañana quitármelos:
es prestada esta nobleza;
pero la que yo he heredado,
yo plebeyo, la de mi alma,
en la tierra no hay humano
poder que me la arrebate,
y por eso no la cambio
por brillantes oropeles
que al mundo deslumbran tanto!
Lo mismo soy en la cumbre
de la fortuna que cuando
en el abismo me he visto
del infortunio! mi mano
tomad; es la de un plebeyo
igual á vos! *(Al darle la mano le entrega un bolsillo.)*

SASTRE. Olvidarlo
no podré jamás: señor,
qué me dais?

CARLOS. Vuestro trabajo
recompensar debo.

SASTRE. Pero
no ha sido esto lo pactado.

CARLOS. Tomad; es vuestro: yo soy

rico ahora ; porque gano
mas que vos ; me corresponde
lo que trabajais pagaros.

SASTRE. Mas cantidad tan crecida...

CARLOS. No repliqueis.

SASTRE. Muchos años
guarde vuestra vida el cielo!
(qué generoso y qué franco!)

ESCENA VII.

CARLOS BROSCHI.

El infeliz se contenta
con poco! y ha imaginado
que soy dichoso porque
tengo oro y poder! ah! cuántos
se engañarán igualmente,
y me envidiarán acaso
por no leer de mi pecho
los recónditos arcanos!
Yo que disipo las penas
de los demas con mi canto,
no puedo aliviar las mias!
Al oirme ellos gozando
no comprenden lo que sufre
mi corazon! insensato!
Yo que conocer debia
los invencibles obstáculos,
la distancia que me aparta
de... loco de mi... que he obrado
como un niño! y si sorprenden
este secreto... guardarlo
debo en el fondo del alma;
no lo venda el agitado
rostro: ¡ah! corazon, reprime
tus latidos: ¡ay! suframos,
é indiferencia mostremos,
cuando en sus ojos me abraso!

(El padre Rábago al ver á la infanta se coloca detrás del balcon.)

P. RAB. La infanta con Farinelli!
¡Si atender pudiera... Oigamos!

ESCENA VIII.

INFANTA, CARLOS BROSCHI.

INFANTA. ¡Ah! me alegro de encontraros.
CARLOS. Pues honra tanta me cabe
soy dichoso.
INFANTA. Sobre un grave
negocio he de consultaros.
CARLOS. En mí un esclavo teneis,
y mandadme como á tal.
INFANTA. Hablo á un amigo leal,
y no tanto os rebajeis,
porque esclavo es solamente,
ó al menos asi se llama
el amante de su dama,
y cuando lo dice miente.
Pues apenas llega á ser
en su amor correspondido,
él en dueño convertido
es la esclava la muger.
CARLOS. Mucho ese juicio aventura
vuestra alteza, y sin razon,
que los hombres siempre son
esclavos de la hermosura.
Mi palabra exacta al cabo
ha sido, y era forzosa;
por dama, infanta y hermosa
yo debo ser vuestro esclavo.
INFANTA. Adulador no os creia;
pero en la corte tambien
veo que aprendísteis bien
la lisonja.
CARLOS. No á fé mia.
Adulador nunca fuí,
vuestro espejo consultad,
y él os dirá la verdad
que juzgais lisonja en mí.
Y sin que le consulteis,

¿no os basta veros rodeada
de galanes, y admirada
para que lo adivineis?
Aunque el respeto contenga
de admiracion los arrojos
os habrán dicho sus ojos
lo que callará la lengua.

INFANTA. Nada me han dicho: quizá
no lo habré yo comprendido:
que á pediros he venido
consejo olvidaba ya.

CARLOS. ¿Un consejo á mí, señora?

INFANTA. A vos: y que me lo deis
os suplico, si quereis
ser mi consejero ahora.

CARLOS. Conmigo podeis contar,
y aconsejaros quisiera
lo que mas útil os fuera;
pero me puedo engañar.

INFANTA. Yo fio en vuestro talento,
y asi me someto á él:
sabeis que doña Isabel
me propone un casamiento.
El interés que ha mostrado
mi hermano, es clara señal
de no parecerle mal
el enlace proyectado.
Quieren que mi mano dé
de Cerdeña al heredero:
vuestra opinion saber quiero;
pues qué debo hacer no sé.

CARLOS. (Qué compromiso!) Quizá
en esta grave cuestion,
no á mí, á vuestro corazon
debeis consultar no mas.

INFANTA. Cuando yo consejo os pido
es que calla el alma mia;
si ella hablase, obrar sabria
sin habéroslo pedido.

CARLOS. Perdonad si os ofendí;
mi intencion no fué...

INFANTA. Adivino:

tanto interés mi destino
os inspira, ¿no es así?

CARLOS. ¿Podeis dudarlo, señora?
(Dios mio qué situacion!)

INFANTA. ¿No sabré vuestra opinion?
Cuando asi callais ahora
sospecho...

CARLOS. ¿Qué sospechais?

INFANTA. Vuestro agrado me parece
que este enlace no merece.

CARLOS. Yo no he dicho...

INFANTA. Mas lo dais
muy claramente á entender:
si lo hubiérais aprobado
lo dijérais de contado.

CARLOS. (¡Oh! callar es mi deber.)
¿Qué puedo deciros yo?
Si vuestra alteza no le ama...

INFANTA. ¡Ah! no: por él esa llama
aun mi pecho no sintió.

CARLOS. Otro acaso... perdonad:
es sobrado atrevimiento
preguntaros...

INFANTA. Lo consiento.
¿Quereis saber? Continuad.

CARLOS. Decia que vuestra alteza
tal vez llegará á querer
á otro.

INFANTA. Bien pudiera ser:
lo manda naturaleza.

CARLOS. Es decir...

INFANTA. Que aguardo yo
que me deis ese consejo,
porque á vuestra eleccion dejo
si me he de casar ó no.

ESCENA IX.

CARLOS BROSCHI.

¡Oh! ¡qué acabo de escuchar!
Mucho, pensamiento avanzas;

quiméricas esperanzas
no trates de alimentar:
y no en loco desvarío
se agite la altiva mente;
la pena que el pecho siente
guárdala corazon mio.
Mas bien claro se esplicó:
que aguardaba mi consejo
dijo: «á vuestra eleccion dejo
si me he de casar ó no.

ESCENA X.

CARLOS, P. RABAGO.

P. RAB. Poco tiene que estudiar.
CARLOS. ¡Aqui vos!
P. RAB. ¿Os maravillo?
El enigma es muy sencillo,
y fácil de descifrar.
CARLOS. ¿Qué decis?
P. RAB. Y me sorprende
que pueda á vuestro talento
ocultarse ni un momento
lo que tan bien se comprende.
CARLOS. A la verdad yo soy quien
no os comprendo (Si escuchó...)
P. RAB. ¿Con que no me entendeis?
CARLOS. No.
P. RAB. Discreto sois, y obrais bien.
No es propio de caballeros
los favores publicar;
tales sabeis alcanzar
que deben envaneceros.
CARLOS. Menos aun lo que decís
entiendo.
P. RAB. Por vida mia,
que tan hábil no os creia.
¡Con qué gravedad fingis!
Si en los asuntos de estado
desplegais la diplomácia
que en amores, verbi gracia,

vais á ser un consumado
diplomático.

CARLOS. ¿Creéis
que yo progresar pudiera
en esa vasta carrera?
Acaso os equivoqueis.
Me habeis hablado de amor;
es una chanza inocente
sin duda; constantemente
estais vos de buen humor.

P. RAB. No lo niego: lo que veo
me divierte; ¿y qué he de hacer?
Cosas tales suelo ver,
que ni aun á mis ojos creo.
¿Pero cómo dudar yo
cuando oigo: «dadme consejo
porque á vuestra eleccion dejo
si me he de casar ó no?»

CARLOS. ¡Oh! ¿Luego habeis vos oido
lo que decís?

P. RAB. Es verdad,
por una casualidad.

CARLOS. Casualidad rara ha sido.
Aunque intrigante os creía,
pruebas de ello me habeis dado,
no sospeché que un prelado
se convirtiera en espía.
A vuestros títulos, pues,
muchos son de este linaje,
agregad otro.

P. RAB. El lenguaje
moderad. ¡Yo espía!

CARLOS. Asi es.
Mis pasos seguís do quiera,
sois mi sombra, confesor
el ministro del Señor
no emprendió mala carrera.
Muy bien deben ser premiados
servicios tan repetidos:
los hay, por envilecidos
que con nada son pagados.
Pues pocos capaces son

de prestarlos; y por eso
que obtener deben confieso
los vuestros gran galardon.

P. Rab. Es disculpable el encono
que me mostrais.... ¡ya se vé!
un secreto vuestro sé:
os compadezco y perdono.
¡Y aun mas! Os prometeria
si con Francia se estrechara
la alianza, aunque ella os amara,
que yo nada al rey diria.

Carlos. ¿Que venda la independencia
de España me proponeis
por temor de que forgeis
tal calumnia? ¡qué demencia!
Si alguna influencia tengo
en el ánimo real,
yo la empleo en que neutral
siga España; os lo prevengo.
Al rey le podeis decir
cuanto vuestra ira os sugiera:
esa calumnia rastrera
no temer, me hace reir.

P. Rab. Reid, mas vuestro secreto
el rey sabrá.

Carlos. No me espanta.

P. Rab. Si no se casa la Infanta,
yo convencerle os prometo.

Carlos. Antes os prometo yo
que de palacio saldreis.

P. Rab. Lo veremos.

Carlos. Lo vereis.

P. Rab. (Tú si que saldrás; yo no.)

ESCENA XI.

Carlos, P. Rabago, Doña Isabel, Rey, Doctor.

Rey. Señora...

Isabel. ¡Al mirarte el alma
esperimenta tan vivo
placer!

P. Rab. Y tambien la mia.
Rey Os estoy reconocido,
porque no me cabe duda
del interés que os inspiro.
Isabel. Vuestra salud es completa.
Rey. Y sin embargo ha insistido
el doctor en que tomára
sus píldoras.
Doctor. Es preciso
para que no recaigais:
es un soberbio específico
que produce consecuencias
admirables. *(Con intencion.)*
Rey. Ven, amigo,
mi buen Carlos, á mi lado,
estás ahí tan retraido
muy mal.
Carlos. Yo siempre estoy bien
cuando os veo y cuando os sirvo.

ESCENA XII.

Dichos, Ugier.

Ugier. El embajador de Francia
para entrar pide permiso.
Rey. ¿Que querrá? que pase: siento
que ahora venga...
Isabel. ¿Qué habeis dicho? *(Rábago é Isabel ap.)*
¡Vos los escuchásteis! ¡ah!
¡se aman los dos! ya son mios.
Carlos. (Alguna intriga han formado.)
Doctor. (Yo mi condado no olvido.)

ESCENA XIII.

Dichos, Embajador.

Embaj. En nombre del rey de Francia
mi amo y señor me dirijo

á vuestra magestad.

REY. ¿Qué pretendeis?

EMBAJ. Me ha remitido
esta nota que leer
debo: si os dignais...

REY. Amigos
todos son; podeis leerla
en su presencia.

EMBAJ. No insisto...
dice así: á mi ilustre aliado
rey de España esclarecido
D. Fernando VI: debo
manifestaros movido
por la sincera amistad
que nos une, los peligros
á que esponen vuestro trono
vuestros actuales ministros
oponiéndose á la alianza
con Francia contra el altivo
inglés; desoid, señor
consejos de favoritos,
deponed al ministerio,
y nombrad otro que adicto
nos sea.

CARLOS. En vuestros negocios
se mezclan: ¡vos consentirlo *(bajo al rey)*
podeis!

REY. Callad; no sigais:
aunque al rey de Francia estimo,
decidle qne en los asuntos
de mi reino no permito
que los estraños se mezclen,
que ni consejos le pido,
ni los que me dá, acertados
los juzgo para seguirlos;
que no he de comprometer
mis pueblos que son mis hijos
en una guerra sin fruto
para ellos; que decidido
estoy á abrir al inglés,
y al francés los puertos mios
para que reparar puedan

sus naves en un conflicto;
que á ninguno de los dos
he de prestar otro auxilio.

ISABEL. ¡Qué escucho!

P. RAB. Nada lograremos. *(Ap.)*

DOCTOR. ¡Si Broschi le habló al oido! *(Ap.)*

EMBAJ. ¿A mi rey esta respuesta
he de dar?

REY. Os lo repito.

EMBAJ. Guarde vuestra vida el cielo.

ESCENA XIV.

Menos EMBAJADOR, *dichos.*

CARLOS. Le habeis, señor, respondido
dignamente.

ISABEL. Yo no soy
de vuestra opinion: pues miro
la alianza con el francés
como un grande beneficio
para España.

REY. No, señora,
no lo es: que aun tengo vivos
los recuerdos de la lucha
pasada; le protegimos
contra el Austria, y negociaba
con la Holanda, sin decirnos
nada: y luego ¿qué logramos
despues de los sacrificios
que hizo España?.. Los estados
á D. Felipe cedidos
vuestro hijo menor, en cuanto
á poder fueron mezquinos,
y ahora pretende esa corte
ejercer el predominio
en Parma, y tambien en Nápoles
donde reinan vuestros hijos,
intentando separarlos
de mi influencia.

DOCTOR. (Efecto no hizo
aun.)

REY. No hablemos mas de eso.
P. RAB. La infanta...
ISABEL. (A tiempo ha venido.) *(Ap.)*

ESCENA XV.

Dichos, INFANTA.

REY. Y bien, María, has pensado
que te conviene infinito
la boda de que te habló
nuestra madre?
ISABEL. Oid. *(A Rábago ap.)*
INFANTA. (Dios mio!)
No he resuelto todavía...
REY. ¿Con que no te has decidido
aun? Pero es necesario
que pronto lo hagas; ya vino
el embajador del rey
de Cerdeña, y determino
contestar á su demanda
mañana.
ISABEL. Mas no has previsto
que se pudiera oponer
grave obstáculo?
REY. No atino...
CARLOS. (Cielos!)
ISABEL. Acaso María
en su corazon dé abrigo
á otra pasion.
INFANTA. (Ah!)
REY. ¡Imposible!
ISABEL. No tanto como has creido.
REY. Cómo! decid.
CARLOS. (Me descubre.)
INFANTA. No comprendo qué motivo
puede haceros sospechar
tal error.
REY. ¿Lo habeis oido?
P. RAB. Continuad, señora. *(Ap.)*
ISABEL. En vano
lo oculta, porque hay indicios

muy graves de que ama á otro.

INFANTA. Yo... señora...

CARLOS. (Soy perdido.)

REY. ¡María! ¿quién es osado
á contrariar mis designios?

INFANTA. La malicia inventar suele
imposturas.

CARLOS. Lo que admiro
es que vuestra magestad
dé crédito á desatinos
que forjan calumniadores,
y de la infanta enemigos.

P. RAB. ¡Cuando la reina lo afirma!...

ISABEL. Dejadle, no veis que unido
con la infanta, Farinelli
está para desmentirlo!
Es natural...

REY. ¿Por qué causa?
hablad.

ISABEL. Porque el favorito
henchida su alma de orgullo,
por vos al verse ascendido
de la fortuna á la cumbre
es quien...

REY. Callad: lo adivino
todo: ¿tal audacia cupo
en tí? ¡Y tú lo has consentido!

CARLOS. ¡Señor!

INFANTA. No creais...

REY. Los dos
me vendeis, de mi cariño
abusando torpemente
dejadme: no quiero oiros.
¡Cuántas penas me atormentan!
¡ah! solo en el mundo vivo!
Si al menos viviera aquella
que me amaba con delirio...
¡Esposa mia!

INFANTA. ¡Qué veo!

DOCTOR. (Ya el efecto ha producido.)
otra vez en su letargo
cae.

CARLOS. De su mal indicio
es...
INFANTA. Y su rostro se altera.
P. RAB. Cierto.
ISABEL. No es nada: hijo mio!
soy yo... ¡Tu madre!
REY. No quiero
ver á nadie. Ah! *(Abismado.)*
ISABEL. Conducirlo
á su cámara conviene.
Acompañadle.
DOCTOR. (He vencido!)
(El médico y el confesor acompañan al rey.)

ESCENA XVI.

INFANTA, ISABEL, CARLOS BROSCHI.

ISABEL. ¡Deteneos!
INFANTA. A mi hermano
quiero acompañar.
CARLOS. Y yo
tambien.
ISABEL. No lo vereis; no:
os lo prohibe el soberano.
Dijo que no os quiere oir,
y ha de ser su voluntad
obedecida. Escuchad.
(Se dirige al oficial de la cámara del rey.)
OFICIAL. ¿No les he de permitir
la entrada?
ISABEL. Vuestra cabeza
responderá al rey.
INFANTA. ¡Gran Dios!
ISABEL. ¡Me vengaré de los dos!
desde hoy mi poder empieza.
(Entra en la cámara del rey.)
INFANTA. Perdidos estamos: ¡ah!
CARLOS. Señora, no desmayemos.
INFANTA. Ya venció nuestra enemiga.
CARLOS. ¡Oh! ¡mas poder que la intriga
tiene mi arte y venceremos!

ACTO III.

Salon de Palacio.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA ISABEL, DOCTOR.

DOCTOR. Señora... *(Saliendo de la cámara del rey.)*
ISABEL. Cómo se encuentra
el rey?
DOCTOR. Bastante agravado.
Me inspira sério cuidado.
No atiende á nada: que entré
ahora en su cámara apenas
reparó, meditabundo
como en un sueño profundo.
ya ni oye, ni habla, ni vé.
Su frente ardorosa estaba,
su mano temblaba fria,
la negra melancolia
abruma su corazon.
Ya en aquel cuerpo angustiado
apenas el alma alienta,

pronto, muy pronto regenta
sereis de la España vos.

ISABEL. Sueño feliz de mi vida!
Pues que nos une el destino
allanándome el camino
con eficacia seguid:
Vos ó Doctor del rey
no os aparteis un momento,
desmaye pronto su aliento
y mucho esperad de mí.
Ya os he ofrecido...

DOCTOR. (Un condado!)
Yo para mí nada anhelo,
y aun vive el rey... mi desvelo
eco es de mi corazon.
En vuestro hijo don Felipe
quizá abdique hoy el monarca,
que bien pocas horas marca
ya de su vida el reló.

ISABEL. Hoy mismo!...

DOCTOR. Y mi afan es justo
si á asegurar me dirijo
el porvenir de vuestro hijo,
y del reino la salud.

ISABEL. Lisonjero sois...

DOCTOR. ¿Quién puede
regir mejor el Estado,
si en vos el cielo ha juntado
bondad, saber y virtud?

ISABEL. Mucho os deberé...

DOCTOR. A mí nada...
Que el alma sois de la empresa.

ISABEL. Que el alma sois de la empresa.

DOCTOR. (Yo conde!) Mucho interesa
prevenir al confesor,
y disponer prontamente.

ISABEL. El llega aquí.

DOCTOR. La regencia
le doy! oh, sublime ciencia!
regenta ella y conde yo!

ESCENA II.

DOÑA ISABEL, P. RÁBAGO, DOCTOR.

ISABEL. Estábamos impacientes
vuestra venida aguardando.
DOCTOR. Se va el monarca agravando.
P. RAB. Pues llegó la hora de obrar.
ISABEL. No hay que perder un instante,
y á desterrar de su lado
á ese insolente privado
al rey se debe obligar.
P. RAB. Es lo que mas interesa,
aunque mucho se pretende.
DOCTOR. No es difícil si se atiende
á su triste situacion.
P. RAB. Vuestro ruego por un lado.
DOCTOR. Por otro vuestros consejos.
SABEL. Oh! de la corte muy lejos
ha de ir bien presto el cantor.
Oh! y á la infanta á un convento
de la corte muy lejano,
otra órden del soberano
debe confirmar tambien.
Si de ello el vulgo murmura
murmure del rey difunto,
y libres en este punto
de sus hablillas nos vea.
P. RAB. Oh! triunfaremos!...
DOCTOR. Sin duda!
ISABEL. Para que obstáculos no haya,
cuando el rey á firmar vaya
en mi hijo la abdicacion,
al ministro Vals debemos
ante todo exonerar,
elevando en su lugar
al que con viva afeccion
nos sirvió siempre, al marqués
de Grimaldi.
DOCTOR. Que parcial

nuestro, es odiado rival
de la Infanta.

P. Rab. Y él tambien
la aborrece.

Isabel. Doctor, id
por Grimaldi, que aqui venga.

Doctor. Y que todo se prevenga
mientras vuelvo.

P. Rab. Junto al rey
nosotros inclinaremos
su ánimo.

Isabel. ¡Oh, sueños dorados!

P. Rab. Y al instante rubricados
esos decretos serán.

Doctor. Regenta, os saludo.

Isabel. Id, conde.

P. Rab. Ambos con el rey marchemos.

Isabel. Mientras volveis triunfaremos
en la cámara real.

ESCENA III.

Carlos, Oficial.

Oficial. Pasar no podeis.

(Carlos se dirige á la puerta de la cámara, el Oficial sale á interponerse.)

Carlos. En vano
intento hasta el rey llegar!
Oh! nadie podrá salvar
la nacion ni el soberano:
ya es imposible luchar.
Triunfarán, que su alma impura
en su trama vil no cesa:
id, que el triunfo os asegura
del leon la calentura:
id, repartíos la presa!
Pero... aun mi mente imagina...
dulce esperanza divina!
Pues la infanta podrá entrar
ya en la cámara y lograr
tal vez... aqui se encamina.

ESCEÑA IV.

INFANTA, CARLOS.

INFANTA. Os buscaba.
CARLOS. Yo impaciente,
sentia vuestra tardanza,
que aurora sois de mi oriente,
única estrella esplendente
de bienhechora esperanza.
INFANTA. Su esperanza... á Dios pluguiera!
Mas pobres mis medios son.
¿Quién cual vos atraer pudiera
entre esa borrasca fiera
la nave á su salvacion!
Con mas ternura y amor
del ruiseñor se exhalaron
los ecos en su dolor.
CARLOS. Al herido ruiseñor
hoy las alas le cortaron.
INFANTA. Pues entonces, ¿quién podrá
despertar al soberano?
CARLOS. Yo en vos espero.
INFANTA. Es en vano
pues para llegar á él, ya
inútilmente me afano.
CARLOS. ¡Ah! qué hacer!
INFANTA. Le están cercando!
CARLOS. Y su ánimo dominando
solo aguardan ocasion
de hacer que su abdicacion
les firme!
INFANTA. ¡Infeliz Fernando!
CARLOS. Mostrando tu poderío,
con dulce elocuente brio
de aqueste inmenso palacio
atravesando el espacio
llega al rey, acento mio!
Si él oyera en su amargura
de mis cantares el son,
se auyentára su tristura

de ternísima dulzura
llenando su corazon.
De tu voz los cielos llenas
Yrasfil, trae tus cantares,
Dadme los ecos, sirenas,
que en sus doradas arenas
adormecen á los mares!
Dame, arroyo tu gemido,
dame cascada tu acento,
y dame bosque florido,
aquel blando manso ruido
que hace en tus hojas el viento.
Dadme auras vuestros murmullos,
ecos del alma suaves,
traed tórtolas los arrullos
que aduermen entre capullos
las enamoradas aves.
Venid á arrullar sus penas,
auras y selvas de flores,
Yrasfiles y sirenas,
cascadas, fuentes amenas,
tórtolas y ruiseñores!
Oye la súplica mia
desde tu morada azul,
con mi tierna melodía
logre yo ser este dia
el David de ese Saul.

INFANTA. Lejos está, y adormido,
fuera inútil vuestro afan.

CARLOS. Dá á mi acento tu sonido
ronco mar embravecido,
y tu voz bronco huracan!

INFANTA. Y arrancarán de su sien
la corona!

CARLOS. Dia fatal!

INFANTA. ¿Y en qué esperamos, ni en quién?

CARLOS. ¡Cuán difícil hacer bien!
¡Cuán fácil obrar el mal!

INFANTA. ¡Ya nos dejó la fortuna!

CARLOS. ¡Y desterrados los dos!

INFANTA. ¡No hay esperanza ninguna!

CARLOS. ¡Esperanza! Sí, aun tengo una:

siempre al bueno atiende Dios.
De esa galeria al fin
del rey se encuentra el salon,
y dá un balcon al jardin.

INFANTA. ¡Qué idea!

CARLOS. Ah! mi vandolin!
A cantar bajo el balcon!
No temed, despertará.

INFANTA. ¡Oh dicha!

CARLOS. Y me llamará.

INFANTA. Noble artista! Vuestra fé
me dá tanto aliento, que
triunfante me creo ya.
(No se al verle lo que siento!)

CARLOS. ¡Saul, tu David la calma
va á volverte! Dé á mi acento
su voz todo el sentimiento;
todo su entusiasmo el alma!

ESCENA V.

DOÑA ISABEL, INFANTA.

INFANTA. ¡Con qué tierna simpatia
le miro!.. ¡deten tu vuelo
corazon!..

ISABEL. La Infanta y...

INFANTA. ¡Oh! ¡cielo!
¡Aquí la traidora harpia!

ISABEL. (¡Juntos! ¡bien!) Infanta... infiero
que alegre el artista vá;
y alegre estais vos, quizá
¿el rey se alivió?

INFANTA. Lo espero.

ISABEL. Prematura confianza
mostrais, temo vuestro engaño.

INFANTA. ¿Por qué?

ISABEL. Siempre el desengaño
vino tras de la esperanza.

INFANTA. Dentro del alma se anida
la esperanza lisongera,
y yo espero, pues qué fuera

sin la esperanza la vida!
¿no esperais vos?

ISABEL. Yo prefiero
la realidad.

INFANTA. ¿Realizásteis
ya, todo cuanto soñásteis?

ISABEL. Sí.

INFANTA. Y yo hoy mas que nunca espero.

ISABEL. Elevarse á mas alteza
es caer con mas pesadumbre.

INFANTA. Tal vez caeré de esa cumbre,
pero con digna nobleza.
Que solo pierde su calma
quien cae traidor intrigante
lleno de afrenta el semblante,
de remordimiento el alma.
Aquel, que solo, en su duelo
el odio no mas alcanza
del mundo, y ni una esperanza
puede darle airado el cielo.
¡El que loco en su ambicion,
ni el temor de Dios le espanta
en sus crímenes!..

ISABEL. ¡Infanta!..

INFANTA. Cándidos mis sueños son,
y asi por mí no temais.

ISABEL. (¡Bien la comprendí: oh furor!)

INFANTA. (¡Llamará el rey al cantor!..)
(¡Nada oigo!..)

ISABEL. Impaciente estais.

INFANTA. Quien espera desespera.

ISABEL. ¿Esperanza tan cercana
es la vuestra?

INFANTA. (Y tal vez vana!)

ISABEL. Mas si mi presencia os fuera
molesta aqui...

INFANTA. No, y honrada
siempre estoy con vos.

ISABEL. Quizá
el cantor dicho os habrá
que aun le niegan hoy la entrad
en la cámara: sentí...

INFANTA. Ya lo imagino.
ISABEL. El doctor
juzga hoy nocivo al cantor...
INFANTA. Y el rey dió la órden...
ISABEL. Fué asi.
Por hoy no le oirá cantar.
¡Oh! y cuando canta os encanta.
INFANTA. Señora, ¿á quién cuando canta
deja su voz de encantar?
(Hasta aqui llegar no puede
su voz...)
ISABEL. (Su impaciencia crece.)
INFANTA. Pero escuchar me parece...
Nada! No sé si me quede...
Junto al rey oiré si canta.
Pasar intento...

ESCENA VI.

Dichas y OFICIAL.

OFICIAL. Señora
no podeis pasar ahora...
INFANTA. Reparad que soy la infanta!
La hermana del rey! ¡Quién pudo!
OFICIAL. De S. M. la ley
acato.

ESCENA VII.

Dichos y P. RABAGO, *despues* DOCTOR.

P. RAB. Agravóse el rey,
y el confesor que es escudo
de la paz de su alma, anhela
su recogimiento, en tanto
no se alivie.
DOCTOR. Y otro tanto
por conseguir se desvela
el doctor... pues ó me engaño,
ó ya la crisis avanza.
ISABEL. Lo veis, tras de una esperanza

viene siempre un desengaño.

INFANTA. Su pronto alivio aguardad
y con él grandes mercedes.
(Cantor, tú tan solo puedes
conjurar la tempestad!)

ESCENA VIII.

DOÑA ISABEL, P. RABAGO, DOCTOR.

ISABEL. Vísteis al marqués.

DOCTOR. Dispuesto
á todo, pronto vendrá.
Que solo aguardando está
se lance á Vals de su puesto.

ISABEL. Entendísteis... *(A Rábago.)*

P. RAB. Ved. *(Muestra los pliegos.)*

ISABEL. Me encanta
tal diligencia.

P. RAB. Nombrado
el marqués...

DOCTOR. Y desterrado
Farinelli.

P. RAB. Sí.

ISABEL. Y la Infanta.
Ahora á la cámara iremos
del rey.

DOCTOR. Me inspiran temor
los esfuerzos del cantor.

ISABEL. Ah! presto le alejaremos!

DOCTOR. Al cruzar la galería
divisé que en el jardin
templando su vandolin
á cantar se disponía.

ISABEL. Adivino su intencion!
como al rey aun no ha podido
hablar, que le oirá ha creido,
cantando bajo el balcon.
Por eso tal confianza
la infanta mostró... al momento
alejad de su aposento
al rey... traedle sin tardanza.

Decidle que debe andar,
que el aire con mas frescura
corre aqui, que su tristura
el fresco puede aliviar.

P. Rab. Sí, id, no volvais sin él,
que si á Farinelli oyera
y le llamára, pudiera
estorbarnos.

(Entrase el doctor en la cámara real.)

ESCENA IX.

Doña Isabel, P. Rabago, Oficial.

Isabel. Del dintel *(Al oficial.)*
de aquella puerta á ninguno
dejeis pasar. De esta estancia *(Váse oficial.)*
al jardin, hay gran distancia.
No ha de estorbarnos ninguno.

P. Rab. Fingiré daros consejo
á que admitais la regencia,
mientras dura su dolencia.

Isabel. Y yo á don Fernando dejo
del buen doctor á virtud.

P. Rab. Ambicioso es.

Isabel. Galardon
recibirá su ambicion,
pues conde de la salud
le haré: ambicion, vanidad
tiene.

P. Rab. (Y á tí, ¿hay quien te esceda?)

Isabel. El interés es la rueda
que mueve á la humanidad.

ESCENA X.

Rey, doña Isabel, Doctor, P. Rabago.

P. Rab. ¡El rey!

Doctor. Aqui refrescar
podeis la abrasada frente,
y os es muy util andar
algo.

Rey. Dejadme sentar. *(Se sienta.)*
¿Sois vos? *(Reparando en Isabel)*
Isabel. ¿Alivio no sientes?
Rey. Mi espíritu ya cansado
se rinde, que mi dolor
está en el alma anidado.
Isabel. Nada mi amante cuidado
puede calmarte:
P. Rab. Señor...
Rey. ¡Si solitario estuviera!
Isabel. Entonces te mataria
la negra melancolía.
Doctor. Rey nacísteis...
P. Rab. ¿Y qué fuera
sin vos de la monarquía!
Isabel. Te debes á su servicio.
Rey. ¡Ay!.. *(El rey abismado no oye.)*
Isabel. ¡No me oye!..
Rey. ¿Que dijiste? *(A Isabel.)*
Doctor. Muy débil se halla su juicio.
Rey. Búsque el alegre el bullicio,
la soledad busca el triste.
Isabel. Te tienes que consagrar
al deber del soberano.
Doctor. Y nunca os vais á aliviar.
Rey. Sí, debiera descansar.
Isabel. Pues hacedlo ya.
Rey. ¿Y qué mano
durante mi enfermedad
guia esta nave?
P. Rab. Primero
que nada sois vos.
Doctor. Dejad
el poder.
Rey. Yo bien lo quiero.
P. Rab. Una regencia nombrad,
y dedicaros podeis
luego con mayores brios
al Estado.
Rey. ¿Lo quereis?
bien, lo que me aconsejeis.
Isabel. Si oyeras consejos mios,

[redacted]

mientras dura esa dolencia
nombráras una regencia.

REY. Sí, y á quién?

P. RAB. A no ser vos... *(A Isabel.)*

ISABEL. Yo no...

P. RAB. Os lo ruego por Dios.

REY. Saber teneis y esperiencia.
¿Quién mejor?

P. RAB. Asi el Estado
se salva.

REY. Y este servicio
os deberé.

ISABEL. Si empeñado
estas, haré un sacrificio
que me cuesta demasiado.

REY. Oh! gracias.

ISABEL. Tambien la infanta
retirada en un convento...

REY. Lo que querais: aunque siento...

ISABEL. La ambicion del cantor tanta
fue... que el destierro...

REY. Consiento...

P. RAB. Yo estendí la abdicacion...

ISABEL. Ligero anduvísteis.

REY. Ah!

P. RAB. Verla podeis.

ISABEL. Firmará?
desmaya... esa turbacion...
tan débil le teneis ya! *(Al doctor con enojo.)*

DOCTOR. Yo, señora.

P. RAB. Vuelve.

REY. Ay!

P. RAB. Ved...
(Presentando los pliegos.)

REY. Estar solitario anhelo
en mi lecho.

P. RAB. Antes leed...

REY. La abdicacion... bien... *(Revisando.)*

DOCTOR. Tened. *(Dale la pluma.)*

REY. ¿Quereis mas?

TODOS. ¡Ah! *(Con alegría.)*

ISABEL. Solo anhelo

vuestra salud.

REY. Dejadme ahora
en mi estancia.

ISABEL. En mí apoyado *(Dale el brazo.)*
andad. ¡Ah, ya hemos triunfado!

REY. Un ángel sois...

ISABEL. Que os adora...

(Vánse Rey é Isabel.)

ESCENA XI.

CARLOS, DOCTOR, P. RABAGO.

CARLOS. Canté, y el rey no escuchó
mi voz; traidores consejos
le dominan: pronto lejos
partiré: y la Infanta! Oh!...

P. RAB. Ya de poco os sirve el arte:
ni el rey os quiso escuchar.

DOCTOR. Pienso que os podeis marchar
con la música á otra parte.
Mas tan pobres atavíos...
(Reparando en su vestido.)

CARLOS. No está bien cuando me aleje
que en vuestro palacio deje
los pobres vestidos mios.
Pobre á estas puertas llegué;
canté, me oyeron, subí,
mandan me aleje de aquí,
pues como vine me iré.
Al rey serví, y no fué ingrato,
cosa rara: si hoy me alejo
y cuanto me dió aqui dejo,
no pude ser mas barato.
Si quereis que cuentas salde,
soy, mirándolas despacio,
el primero que á un palacio
vino á hacer algo de valde.
Ni aun el polvo he de llevar
de estos dorados salones;
no faltarán corazones
que en él se quieran ahogar.

La virtud no viste de oro,
que es muy modesta su palma,
en cambio lleva en el alma
de gloria y dicha un tesoro.
Mi conciencia satisfice,
no me llevo mas grandezas
ni mas soberbias riquezas
que los beneficios que hice.
Yo era ayer lo mismo que hoy!

DOCTOR. Permitid que igual no opine.

CARLOS. ¿Por qué no? cantando vine,
pues bien, cantando me voy.

P. RAB. Mas no cantando victoria.

DOCTOR. Os destierra... el rey.

CARLOS. Doctor,
ya veis que fuí previsor,
vencer cual vos no es gran gloria.

DOCTOR. Qué!

CARLOS. Dios creó nuestra existencia
y alargarla os manda á vos:
conservar la obra de un Dios
es tener de un Dios la ciencia.
Y asi, no penseis que aluda
á esa ciencia, yo hablo al hombre
que comercia con su nombre
y en esa ciencia se escuda.
De ese poder los favores *(A Rábago.)*
gozad; mis trapos bordados
os dejo ahí arrinconados
con mis mercedes y honores.
Noble y grande por mis obras
desprecio lo que quereis;
pues mis sobras recogeis
mendigos sois de mis sobras.

P. RAB. A mí!

CARLOS. Harta falta os harán
aquellos ricos blasones:
de esos pobres corazones
la desnudez cubrirán.
Mi honra son estos vestidos;
nas honra tal no comprenden
los que hasta á su patria venden,

cortesanos corrompidos;
los que buscando ventajas
y medros, con viles fines,
vais de los régios festines
á recoger las migajas.
Por esas puertas entrais,
y al salir, ni una memoria
de amor, gratitud ó gloria
á vuestro paso dejais.
Inseguro siempre, inciertos
sin paz ni gloria ninguna,
mendigos de la fortuna,
en trapos de oro cubiertos.

DOCTOR. Contened!...

CARLOS. Todos gozando
entrais y salís gimiendo.
Yo mas venturoso siendo,
de aqui me alejo cantando,
y ni un envidioso dejo:
despertó mi vandolin
al rey, y con él al fin
algo pudo mi consejo.
Los impuestos de la sal
suprimidos, de la hacienda
á los abusos enmienda
puso, abolió el tribunal
de Nunciatura, que el oro
á Roma llevó á montones;
al mérito inmensos dones
regaló; de su tesoro
pagó mil deudas, y puso
al deudor en libertad,
y ni una universidad
dejó de dotar; dispuso
de Guadarrama el camino,
que en cinco meses se abrió;
y luego el rey proyectó
con el cantor peregrino,
hasta Toledo un canal
abrir por el Duero abajo,
y hacer navegable el Tajo
de Aranjuez á Portugal,

y el Guadalquivir tambien
de Córdoba á Cadiz; ya
quién su plan realizará!
Pues coadyuvé á tanto bien,
no es tan infecundo el arte
de este pobre peregrino,
á quien lleva hoy su destino
con la música á otra parte.

DOCTOR. Dejémosle.
P. RAB. Decís bien.
DOCTOR. Que dé sus quejas al viento.
CARLOS. Miserables, solo siento
de ella apartarme tambien.

ESCENA XII.

CARLOS, INFANTA.

CARLOS. Vanos mis esfuerzos fueron,
no atendió el rey á mi canto:
perdió la virtud que un dia
de sus pesares amargos
fué el beleño.
INFANTA. ¿Y cómo oiros
pudiera, si le apartaron
de su estancia.
CARLOS. Yo ahora salgo
para mi destierro.
INFANTA. Cielos!
Ah! no; que yo aun un medio hallo
de ver al rey.
CARLOS. Cuál?
INFANTA. Seguidme.
CARLOS. Será otro sueño dorado!
INFANTA. El capitan que ascendísteis
vos, se encuentra hoy encargado
de la custodia del rey.
CARLOS. ¿Y esperais nos deje el paso
libre?
INFANTA. A verlo iremos: nada
se pierde en averiguarlo.
Seguid, seguidme!

CARLOS. ¡Oh! aun triunfo
si ver logro al soberano!

ESCENA XIII.

DOCTOR, CORTESANOS.

DOCTOR. ¿Tan pronto corrió la nueva?
CORT. 1.º Ha tiempo que la esperábamos,
y apenas ha sorprendido.
CORT. 2.º La salud del soberano
reclamaba esa medida.
CORT. 1.º Y el bien del reino, pues harto
la dominacion sufriera
de favoritos menguados.
CORT. 3.º Cierto.
DOCTOR. Ya á nada podia
atender el soberano.
CORT. 1.º Mucho del reino la nave
zozobró, mas presto á salvo
la pondrá, de tan deseada
regenta el ingenio raro.
CORT. 2.º ¡Oh! ¡qué talento!
CORT. 1.º ¡Sublime!
CORT. 3.º Pues antes no érais contrario.
CORT. 1.º Tiempo hace ya: la esperiencia...
CORT. 3.º Si ayer os oí...
CORT. 1.º No es milagro,
que se aprende en solo un dia
á veces mas que en cien años.
DOCTOR. El ministro Vals, depuesto
ha sido, y Grimaldi ha entrado
á reemplazarle...
CORT. 1.º ¿El marqués?
CORT. 2.º ¡Mucho se ganó en el cambio!
DOCTOR. Quizás en la infanta el rey
descubrió fines bastardos...
CORT. 1.º Sí, la regencia anhelaba...
DOCTOR. Y el mismo rey, á un lejano
convento la desterró.
CORT. 2. Que intrigue allí con los santos.
DOCTOR. El cantor saldrá del reino

hoy mismo.
CORT. 1.º Anduvo sobrado
clemente el rey.
CORT. 2.º Con la infanta
estaba de acuerdo...
CORT. 1.º Es claro,
para quitar la regencia
á doña Isabel.
DOCTOR. ¡Que hayamos
sufrido por tanto tiempo
á ese atrevido privado!
CORT. 1.º ¡Con qué títulos!
DOCTOR. ¡Los mismos
que puede tener un pájaro
que cante bien: si á lo menos
un hombre fuera de rango
en alguna ciencia!...
CORT. 1.º Vos,
vervi-gracia:
DOCTOR. Menos malo
fuera...
CORT. 2.º ¡Oh sí! ¡vuestro talento!
DOCTOR. Que al fin muy difícil no hallo
que quien dá salud al cuerpo
dar salud pueda al Estado.
CORT. 3.º Doña Isabel hácia aqui
viene.
CORT. 2.º Con el padre Rábago.
DOCTOR. Tal vez querrá que la nueva
oigais de su propio labio.
CORT. 1.º Y á convidarnos tambien
á la ceremonia.
DOCTOR. Al cabo
conde seré: que ya llega,
señores, dejad espacio.

ESCENA XIV.

DOÑA ISABEL, RABAGO, DOCTOR, CORTESANOS.

ISABEL. El cielo os guarde, señores:
CORT. 1.º La nueva apenas supimos

aqui á ofrecernos vinimos
como buenos servidores.

CORT. 2.º General fué la alegria
por nueva tan lisonjera.

CORT. 1.º Si mas alto puesto hubiera
puesto mas alto honraria.

ISABEL. Gracias, gracias; solo al ver
del triste rey la dolencia
á admitir hoy la regencia
me pudiera resolver.
Que entre las furias del Noto
naufragando esta nacion,
empuñar debe el timon
un entendido piloto.

DOCTOR. ¿Dónde le hay de mas acierto?

ISABEL. Yo espero os esforzareis
y todos me ayudareis
á llevar la nave al puerto.
De rey huérfano el Estado
por largo tiempo se vió,
y el capricho dominó
de un insolente privado.
Mas del rey un mandamiento
le desterró, y á su hermana
de la córte bien lejana
poner manda en un convento.
Y aunque la razon no sé
del rey para obrar asi,
cumplirla me toca á mí,
su mandato acataré.
Tambien antes de abdicar
de su cargo exoneró
á Vals, y al marqués nombró
de Grimaldi en su lugar.
Obrando ya en justa ley
comienzan mis ejercicios
premiando algunos servicios
que olvidados tuvo el rey.
Mi secretario privado
os nombro. *(A Rábago.)*

P. RAB. ... A mi tal honor!

ISABEL. Vos sereis comendador

[redacted]

de Alcántara. *(Al cortesano 1.°)*
Vos primado *(Al id. 2.°)*
de Sevilla.

DOCTOR. ¡Santo Dios!
si á su memoria se esconde
lo del titulillo...

ISABEL. Conde
de la salud sereis vos.

DOCTOR. Tal bondad...

CORT. 2.° ¡Mercedes tantas!

ISABEL. Hoy mismo me jurareis
regenta...

CORT. 1.° Siempre tendreis
nuestra vida á vuestras plantas.

P. RAB. Y para evitar tambien
contiendas de sucesion,
hoy tendrá rey la nacion.

DOCTOR. Y será su mayor bien.

ISABEL. Solo á ese bien me dirijo.
Obrar podeis libremente.

P. RAB. Sí, hoy orlaremos la frente
de D. Felipe vuestro hijo.

DOCTOR. Mientras su menor edad
el reino regentareis.

ISABEL. Presto grande le vereis
y rico en prosperidad!
¡Es ilusion que me engaña!
Ya soy la regenta...

ESCENA ULTIMA.

Dichos. REY, INFANTA, CARLOS.

REY. No!
El rey de España soy yo,
que aun no ha muerto el rey de España.

ISABEL. ¡Cielos!

TODOS. ¡Ah!

CARLOS. ¡El rey!

ISABEL. ¡Maldicion!
La infanta y Broschi han logrado...

ISABEL. Señor, habeis abdicado.

Estas firmas vuestras son.

P. Rab. Vuestra mano los firmára.

Rey. Esta mano los firmó;
pues la misma los rasgó
y os los arrojó á la cara.
Vos Rábago, y vos doctor,
de mis reinos desterrados
id, y si no sois ahorcados
gracias le dad al cantor.
Mis iras en vos no sacio,
porque cual reina y señora
mucho mereceis, mas ahora
mismo salid de palacio.

Isabel. Sí, partiré: afrenta tanta
por Broschi... Aun vengar podré:
ya que teneis tanta fé
en Farinelli y la infanta.

Carlos. (Le va á recordar...) Los dos
un favor muy señalado,
conveniente á vuestro Estado
vamos á pedir...

Isabel. ¡Gran Dios!
¿pedir su mano querrá?

Carlos. Que otorgueis su mano espero...

Isabel. ¡A él!

Carlos. Al príncipe heredero
de Cerdeña!

Infanta. ¡Cielos!....

Isabel. ¡Ah!

Carlos. (Valor es nuestro deber. (*A la Infanta.*)

Rey. En ello contento soy.
Tú para siempre desde hoy
mi consejero has de ser.

Cort. 1.º Justo es...

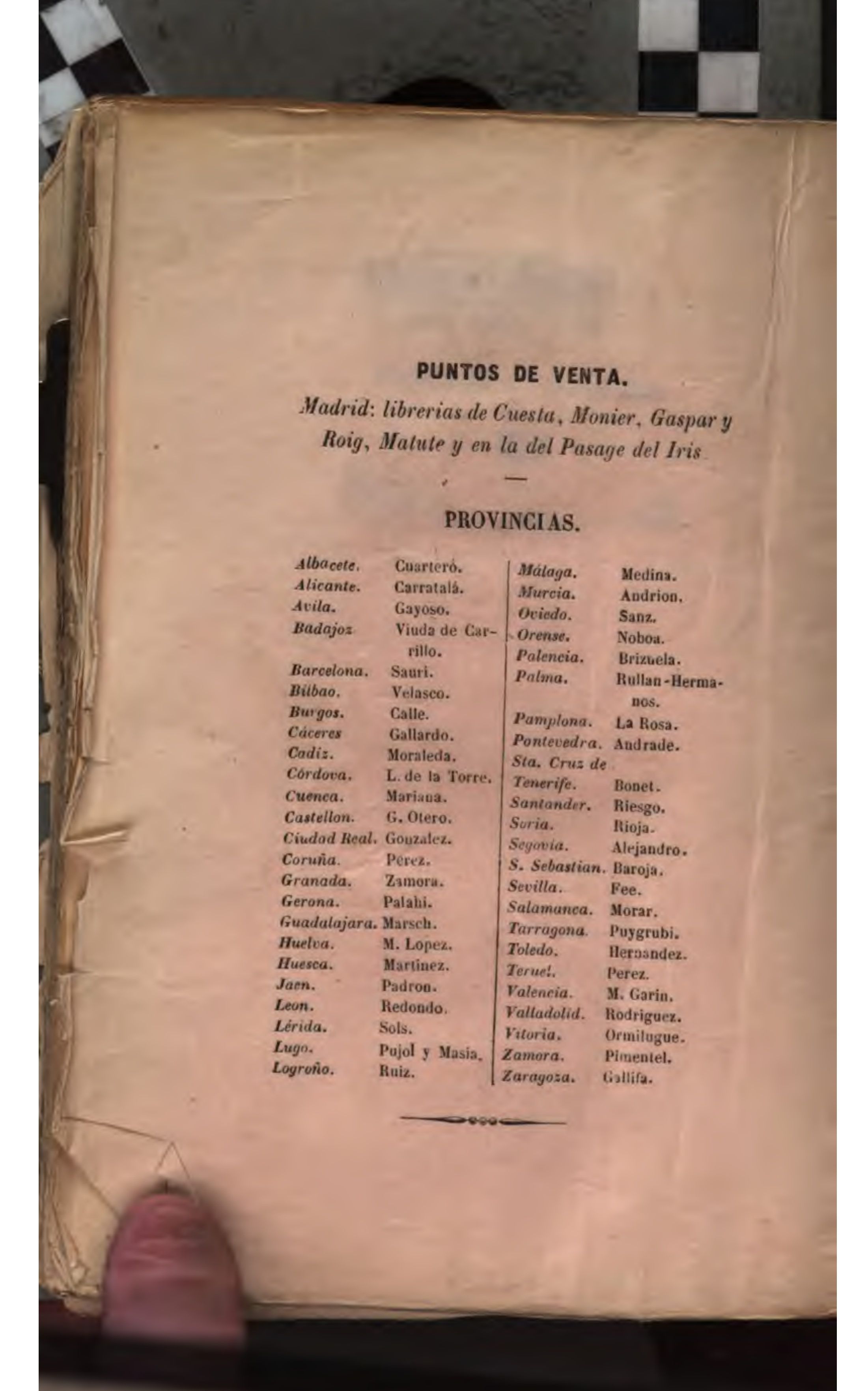
Doctor. Yo al mérito admiro...

Cort. 2.º Un génio!..

Carlos. Solo el cantor
anhela ser director
del teatro del Retiro.

Doctor. Mucho bajó.

Rey. No me estraña
tu modestia...



PUNTOS DE VENTA.

Madrid: librerias de Cuesta, Monier, Gaspar y Roig, Matute y en la del Pasage del Iris.

—

PROVINCIAS.

Albacete.	Cuartero.
Alicante.	Carratalá.
Avila.	Gayoso.
Badajoz	Viuda de Carrillo.
Barcelona.	Sauri.
Bilbao.	Velasco.
Burgos.	Calle.
Cáceres	Gallardo.
Cadiz.	Moraleda.
Córdova.	L. de la Torre.
Cuenca.	Mariana.
Castellon.	G. Otero.
Ciudad Real.	Gonzalez.
Coruña.	Perez.
Granada.	Zamora.
Gerona.	Palahi.
Guadalajara.	Marsch.
Huelva.	M. Lopez.
Huesca.	Martinez.
Jaen.	Padron.
Leon.	Redondo.
Lérida.	Sols.
Lugo.	Pujol y Masia.
Logroño.	Ruiz.
Málaga.	Medina.
Murcia.	Andrion.
Oviedo.	Sanz.
Orense.	Noboa.
Palencia.	Brizuela.
Palma.	Rullan-Hermanos.
Pamplona.	La Rosa.
Pontevedra.	Andrade.
Sta. Cruz de Tenerife.	Bonet.
Santander.	Riesgo.
Soria.	Rioja.
Segovia.	Alejandro.
S. Sebastian.	Baroja.
Sevilla.	Fee.
Salamanca.	Morar.
Tarragona.	Puygrubi.
Toledo.	Hernandez.
Teruel.	Perez.
Valencia.	M. Garin.
Valladolid.	Rodriguez.
Vitoria.	Ormilugue.
Zamora.	Pimentel.
Zaragoza.	Gallifa.